FOLKLORE Y HORROR

EL CINE Y LA LITERATURA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO PERSONAL Y COLECTIVO

Por

Fernando Jorge Soto Roland*

Leyendas y relatos fantásticos que moldean nuestro imaginario

INTRODUCCIÓN

Hospitales y hoteles abandonados, lugares en ruinas, pueblos sumergidos como consecuencia de catastróficas crecidas de ríos y lagos, mansiones olvidadas en medio de la pampa y hasta ciudades perdidas en la Amazonia peruana fueron, en el inicio, sitios a los que les dediqué cientos de horas de investigación y algunas decenas de viajes en pos de los mismos. Pero en todos los casos me topé con temas secundarios íntimamente relacionados con ellos; temas que pasaron a ser los principales tópicos de interés en los artículos y ensayos que escribí al respecto.

Como por arte de magia fueron surgiendo fantasmas y espectros, monstruos, brujas y salamanca, nazis y rituales secretos, vampiros y extraterrestres, aquelarres y sociedades esotéricas que transformaron profundamente mis inclinaciones intelectuales. Sin darme cuenta me fui sumergiendo en un mundo

* Profesor en Historia por la Facultad de Humanidades de la UNMdP (Argentina).

imaginario tan rico como inabarcable; un ámbito en que la historia cultural, la antropología y la historia de mentalidades tenían mucho por decir. No solo sobre los tópicos nombrados, sino sobre mí mismo.

Muy pronto reconocí que la adrenalina aumentaba cada vez que me sumergía en esos asuntos. Que disfrutaba enormemente analizarlos y escribir sobre ellos. Y así, de manera lenta, fui dejando de lado (aunque no del todo) los aspectos políticos y económicos de mi oficio para dedicar el tiempo libre fuera del aula a "*historias raras*", a "*eventos extraordinarios*", rumores, cuentos y leyendas que me conectaban con el pasado folklórico de los enclaves que visitaba; y, al mismo tiempo, con un cierto sentido de la aventura que arrastraba desde que era muy chico.

Después de más de veinte años dedicándome a estos temas, al echar una necesaria mirada retrospectiva, advierto que todos y cada uno de ellos tienen algo en común: el *miedo*, el *misterio* que siempre éste arrastra y el deseo de explicarlos —y enfrentarlos— analizando sus contextos críticamente. Porque, por más romanticismo que se encuentre en esos antiguos tópicos anómalos, el paso por la Facultad de Humanidades me demostró que la fuerza de la fantasía y del imaginario colectivo son constantes poderosísimas; procesos de cambios muy lentos y una de las mejores formas de comulgar con épocas pretéritas. El pensamiento mágico, teocéntrico, y las distintas irracionalidades que se fueron dando a lo largo del tiempo nos conectan con otras "humanidades", con otras sociedades muy diferentes. Con cosmovisiones pretéritas con las que compartimos, empero, más cosas de las que podemos aceptar a simple vista.

La tecnología y la inteligencia artificial no nos hacen tan distintos. Cuando la luz se corta y la más densa oscuridad nos devora, pavores ancestrales hacen acto de presencia bajo la tibia claridad de las velas.

Recuerdo una vez, hacia fines de 1997, cuando compartiendo un fin de semana con un querido amigo (hoy fallecido), nos sorprendió la noche en medio de un campo muy cercano al Sistema de Tandilia. Fue como sumergirnos en un mar de tinta china. No había luna. No veíamos ni a un centímetro de distancia y en esas horas, guiándonos por el río de estrellas que se prefiguraba sobre nosotros mientras caminábamos por un sendero bordeado de eucaliptus, no hubo avance tecnológico que nos impidiera sentir la impotencia de estar sometidos a la fuerza de los elementos en un entorno natural que nos superaba con creces. Ni la filosofía aprendida por Eugenio en el seminario, ni la formación racionalista que me había dado la universidad, evitaron que nuestra imaginación nos retrotrajera a creencias y lúgubres sentimientos que creíamos olvidados; o exclusivamente propios de las películas de terror.

Así todo, aquella experiencia resultó fascinante, tanto como la expedición que un año más tarde (1998) organizamos a la selva del Perú en busca de la última capital de los incas tras la conquista española: la ciudad de Vilcabamba "La Vieja" y toda una serie increíble de leyendas asociadas a ella.[1]

[1] Véase del autor: *La sombrosa bienvenida del ave mágica del Cusco: una expedición a Vilcabamba*, en Factorelblog. Disponible en Web: https://factorelblog.com/2021/02/08/vilcabamba/

Miedo y adrenalina. Misterio y aventura. Emoción y sorpresas. También prejuicios. Esos fueron los ingredientes de una vida que, hasta ahora, considero más que interesante y que, de tener que elegirla de nuevo, lo haría sin cambiar siquiera una coma.

Ahora bien, ¿cuántos de todos esos ingredientes arriba nombrados encuentran sus cimientos en el cine, en las películas que vimos y en la literatura que leímos? Mucho más de lo que estamos dispuestos a reconocer. No hay nada nuevo bajo el sol. Apenas variaciones sobre los mismos temas. Todos hemos sido afectados en forma parecida, por eso no pretendo alcanzar la originalidad con lo que acabo de decir; pero sí la sinceridad intelectual con el lector y conmigo mismo. No hubo designios divinos ni providencialismo alguno. Sólo azar. Si aquella tarde, al cumplir 10 años, los amigos de mis padres no me hubieran regalado ese libro titulado *La Maravillosa Aventura de la Arqueología* o mis tías ese tomo sobre platos voladores y monstruos raros, otra sería mi historia personal y, seguramente, no estaría ahora escribiendo este trabajo.

¿Cómo se construyeron esos gustos? ¿En qué contextos nacieron y por qué a lo largo de los años, cambiaron, pero sin desvanecerse del todo? ¿En dónde radica la fuerza de esa permanencia y por qué ciertos escenarios, como los bosques, las selvas, los cerros inhóspitos, los espacios abandonados y las regiones lejanas, siguen moldeando mis intereses, tanto estéticos como intelectuales?

Las líneas que siguen tratarán de responder esas y otras preguntas, permitiéndome volver a recorrer aquellos senderos tenebrosos que tanto he disfrutado —y disfruto— transitar desde que tengo memoria. Tal vez sea éste el camino que explique la inclinación de mi actual desencantamiento, pero manteniendo en el fondo un encanto diferente. Uno más racional, más acorde con ese sentido que llamamos “común” y que últimamente se ha convertido en el menos común de los sentidos.

En un mundo en el que ya resulta casi imposible diferenciar la verdad de la falsedad, la mentira de lo que no lo es, me parece interesante regresar a las temáticas antes nombradas y que tanto desvelan y entretienen mis días.

Buenos Aires, otoño de 2026.

PARTE 1

BOSQUES, MONTES Y SELVAS EN DONDE TODOS SENTIMOS MIEDO

Lugares oscuros, aislados y silenciosos

"Hemos incurrido en el error de acampar en un lugar
en donde su mundo toca el nuestro, donde el velo intersticial
se ha hecho más delgado."

Algernon Blackwood, *Los Sauces*, 1907.

El miedo ha jugado en la historia de las sociedades humanas un papel capital. Así lo estableció y comprobó el gran historiador Jean Delumeau en su extraordinario libro *El Miedo en Occidente*.[2] Un tema por demás interesante en el que siempre han entrado a jugar dos criterios indisociables en cualquier estudio histórico: el *tiempo* y el *espacio*. Y a ellos acudiremos, como ya lo hicimos en escritos previos.

Hubo un tiempo en el que la valentía era patrimonio exclusivo de la nobleza. Una parte esencial de la aristocracia medieval, que ella misma se encargó de propagar por doquier a través de proclamas, cuentos y poemas. Solo los sectores privilegiados de occidente tenían derecho al valor. Los pobres, los humildes, los campesinos (que eran mayoría) eran la encarnación misma de la cobardía. Temerosos y crueles al mismo tiempo, debían ser sometidos por el miedo a trabajar y sostener la producción de alimentos y la economía general de los más ricos. En una sociedad estamental tan jerarquizada y con funciones más que específicas (*los que luchan, los que rezan y los que trabajan*), esa división social del trabajo estaba naturalizada y legitimada incluso por Dios. Los miedosos se sometían a los valientes.

[2] Delumeau, Jean, *El Miedo en Occidente*, Editorial Taurus, Madrid, 1989.

Tal vez por eso el miedo como tema historiográfico tardó en ser estudiado y analizado. La fuerza de la tradición lo dejó fuera de catálogo y la vergüenza justificó ese olvido. No era cosa de hombres internarse en esas lides. No fuera cosa que se deschavara algo que siempre estuvo presente: que el miedo atravesaba a toda la sociedad, transversal y verticalmente.

Recién a partir del siglo XVIII, cuando los más pobres y desplazados conquistaron el derecho a expresar valentía con la Revolución Francesa y la ecuación se invirtió, la gente supo que aquel sentimiento vergonzante era común a todos. Que la exaltación de la valentía absoluta era un engaño y que el miedo, denostado, lejos de estar asociado indefectiblemente con la cobardía, constituía un sentimiento universal y que ser miedoso no era sinónimo de ser un cobarde. Todo lo contrario. Valiente, como suele decirse, es aquel que, aún con miedo, hace lo que tiene que hacer, pero con prudencia.

Según Delumeau, el ascenso del miedo en occidente, su reconocimiento (tal y como lo resumimos en las líneas precedentes) se hace evidente en los tiempos modernos; y con ellos, miedo y lucidez se aunaron en el camino. Solo los tontos no tienen miedo. No hay hombre o mujer que esté por encima de él. Existe en nosotros y moldea nuestra percepción de la naturaleza, nuestras relaciones sociales y nuestros imaginarios (incluso los de post mortem).

Pocas dudas caben que hoy vivimos en una época atiborrada de miedos. Éstos se han visto enriquecidos por nuestras fantasías (muchas ellas ancestrales) y la extrema complejidad de las sociedades que construimos. Incluso aquellas cosas en la que alguna vez confiamos ciegamente, como la ciencia y la tecnología, hoy son la cuna de muchos de los temores y conspiraciones que nos impiden proyectar utopías, prefiriendo elegir situaciones distópicas, en las que el miedo es el dueño y señor del futuro. Un enemigo peligroso que nos alcanza a todos y que podría explicar la cantidad de amuletos, prácticas mágicas, mantras y demás herramientas puramente imaginarias que colectivos inmensos utiliza a diario para poder conjurarlo.

La religión y lo ominoso estrechan lazos muy duraderos con el miedo. Se nutren de él; de ahí que las tradiciones folklóricas lo alimenten con el fin de evitar la disgregación, la crítica y el eventual caos en el que caeríamos si nos apartamos de ellas. La fuerza de la tradición es inmensa. No en vano, mucho antes de la Edad media, los griego divinizaron a *Deimos* (el temor) y a *Phobos* (el miedo). Pactaron con ellos. Se reconciliaron con ofrendas y sacrificios, entendiendo el importante papel que juegan en el mantenimiento de la sociedad.

El miedo está en todas partes. En la vida cotidiana, en casa, en el trabajo, en la calle. Pero al naturalizarlo no estamos del todo conscientes de que siempre está ahí (a menos que nos pasemos el día prendidos al televisor). Claro que esta situación cambia cuando nos alejamos de lo que llamamos *civilización* y nos internamos, por ejemplo, en bosque, montes y selvas que nos son por completo ajenos. Cuando rompemos con la cotidianeidad y nosotros —animalitos urbanos— nos sometemos a los peligros de

la naturaleza indomesticada y al asedio de los elementos (sin muchas veces advertir que las maniobras financieras de un puñado de especuladores en la Bolsa pueden resultar mucho más peligrosas y reales que las criaturas que imaginamos deambulando por la floresta).

La sorpresa siempre precede al miedo (o al menos a la exteriorización compulsiva del mismo). Los bosques, montes y selvas exacerban la sensación de peligro manteniéndonos en alerta, agobiando nuestra imaginación y en ocasiones alimentándola hasta la exageración (incluso la mentira). Basta con ver los documentales del *History Channel* para advertir que en una buena parte de los mismos se la pasan anunciando percances que únicamente están en el guión o son parte de elucubradas y falsas ediciones. La música de suspenso también contribuye en mucho. Aún así, esos programas son lo suficientemente realistas como para condicionar nuestras visitas a zonas consideradas *salvajes*; explicando también las reacciones que éstas generan en muchas personas, tanto externa como internamente. El miedo en el bosque puede paralizarnos o llevarnos a realizar actos espasmódicos y enloquecidos de terror. Cualquiera que haya visto la película *El Proyecto Blair Witch* puede ser testigo de esas reacciones (dramatizada por actores, claro está).[3]

Cuando en 1998 pasé dos semanas internado en la selva peruana, la situación de estar a la defensiva era constante. Animales, insectos, víboras, posibles (aunque muy poco probables) comunidades aborígenes agresivas, incluso células terroristas de un ya alicaído Sendero Luminoso, generaron un estado de alerta permanente que no exagero en decir resultó ser más agobiante que los infinitos ascensos y descensos de cerros cubiertos de vegetación o los riesgos reales que encontramos en el camino (torceduras de tobillos, apendicitis aguda o el desbarrancarse por un precipicio). La desmesura y la imaginación que noche a noche alimentábamos al borde del fogón exageraban todo. Los temores, en gran medida construidos por nosotros mismos, y el bagaje cultural que portábamos eran tan pesados como las mochilas que llevábamos a cuesta. Las lecturas previas, las películas de la infancia y los relatos de terror y aventuras nos habían moldeado. Resultaron ser los combustibles ideales, no solo a la hora de planificar ese viaje, sino también al momento de sentir miedo.

El mismo catalizador de emociones fue el que encontré en julio de 2025 cuando junto a mi esposa Verónica y un grupo de criptozoólogos me sumergí esporádicamente en la tupida yunga salteña en busca de la leyenda de un supuesto homínido relicto conocido localmente como el ucumar.[4] En esa ocasión la selva volvió a actuar como una caja de resonancia, aumentando el carácter absoluto de los juicios respecto de la existencia objetiva de la bestia por parte de aquellos que —creyendo en ella— nos conducían por senderos en verdad ominosos. Por supuesto que evité —y creo haberlo conseguido— dejarme influir por el contexto

[3] *El Proyecto Blair Witch*, película dirigida por Daniel Myrick y estrenada en 1999.

[4] Véase del autor: *Ucumar: ese monstruo del bosque que te paraliza el corazón*. Disponible en Web: https://factorelblog.com/2016/11/08/ucumar-1/ y El ucumar de Metán, ¿Especie protegida? Una aventura a la caza del turismo criptozoológico. Disponible en Web: https://factorelblog.com/2016/11/08/ucumar-1/

natural y las historias que escuchaba mientras avanzábamos; consciente de la rapidez con la que uno se contagia y sugestiona en situaciones poco habituales. La pérdida del sentido crítico —o su disminución— puede acarrear visiones e interpretaciones que solo están en la imaginación de quienes creen ciegamente en ella (sin diferenciar lo real de lo proyectado).[5]

Claro que esta última *entrada* al bosque fue de apenas unas horas. Muy lejos estaban las largas jornadas del Perú y entiendo que el tiempo de estadía en esos sitios es una variable que debemos considerar a la hora de analizar y juzgar las creencias ajenas que pueden asaltarnos, incluso con las que podemos por momentos empatizar, desajustando nuestros criterios de realidad.

Aunque reconozco haberme esforzado por no juzgar esas cosmovisiones ajenas (que tanto me han interesado y movilizado de un lado a otro a lo largo mi vida), debo ser sincero conmigo mismo y decir que, como los protagonistas de las películas pertenecientes al género del ***Folk Horror*** (del que más adelante adelantaré algunos aspectos) el sentirse un "*sapo de otro pozo*" suele venir acompañado de cierto sentimiento de superioridad cuando nuestra racionalidad choca y se enfrenta a las tradiciones del folklore local y su propia racionalidad de entender el mundo.[6]

Siempre ha sido así. Desde que Colón pisó por vez primera la isla de Guanahani a fines del siglo XV, hasta los panfletos racistas de los antropólogos europeos del siglo XIX, el encuentro con lo extraño —con "*lo Otro*"— derivo lamentablemente en juicios de valor inconducentes muy difíciles de domar, aún estando entrenados para no caer en ellos. La historia y la antropología han sabido con el paso del tiempo enseñarnos a evitar esos prejuicios. A moderarlos, en el peor de los casos. Pero es difícil renegar por completo del bagaje heredado y comulgar acríticamente con las herencias de otros. Que la diversidad de aproximaciones sobre cualquier tema sea una realidad no significa —creo— que uno deba abdicar de su propia cosmovisión aceptando aquellas que le son históricamente ajenas, como suele hacerlo una nueva antropología New Age.[7]

Otras cosmovisiones. Otras formas de contactar con la Naturaleza

[5] Véase: *El maravilloso universo del ucumar*. Disponible en Web: https://www.academia.edu/165226068/EL_MARAVILLOSO_UNIVERSO_DEL_UCUMAR

[6] Véase: Blackwood, Algernon, *Los Sauces*, Epulibre (2014), primera edición 1907. Disponible en Web: 13 - EXCELENTE- MARAVILLOSO CUENTO-Los_sauces_Algernon_Blackwood.pdf

[7] Véase: López Wario, Luis Alberto y Martos López, Luis Alberto, *Sombras y susurros. Vivencias extrañas y tenebrosas en la arqueología*, Punto Rojo Libros S.L. España. Disponible en Web: https://play.google.com/books/reader?id=2gdVEAAAQBAJ&pg=GBS.PA3&hl=es_419

Ya lo expresé antes: he estado fascinado por los bosques y las selvas desde muy chico. Desconozco a ciencia cierta el motivo. Siempre viví en ámbitos urbanos y nunca conviví, ni de cerca, con espacios selváticos. Todo lo contrario. El cemento y la naturaleza domesticada de plazas y parques fueron, como mucho, el contacto más directo con "*lo salvaje*". Una vez alguien me sugirió que no es vano tengo el apellido paterno que tengo (*Soto*). Un topónimo que hace referencia a un sitio poblado de árboles, arbustos y malezas (*Bush*, en inglés) y que pareciera provenir de la palabra latina "*saltus*", que no es otra cosa que un desfiladero o lugar de tránsito dificultoso por lo frondoso de la vegetación.

¡Vaya uno a saber! ¿Habrá alguna especie de memoria genética que me enlaza con aquellos espacios arbóreos, revelando que en un remoto pasado familiar hubo alguien que vivió en un bosque dándole origen al apellido? No lo sé y seguramente nunca lo sabré a ciencia cierta. Como sea, los conglomerados arbóreos me han fascinado toda la vida, pudiendo alimentar esa fascinación con decenas de lecturas sobre el tema, especialmente al cursar la materia de *Historia Medieval*, con el recordado y admirado profesor Miguel Ángel Barbero (1937-2012). Él fue quien me introdujo es un época en la que los bosques dominaron Europa de una manera hoy inconcebible.[8] Por entonces, con seguridad, debió aparecer mi apellido y toda una inmensa parafernalia de ideas que quedaron asociadas a esos contextos: el miedo, el aislamiento, la inseguridad, los claroscuros y el misterio.

La selva, el miedo y la imaginación desbordada

Bosques y selvas se convirtieron —hasta hoy— en usinas de leyendas, mitos y relatos maravillosos o fantásticos. Muchos de ellos nos quitaron el sueño por las noches. Otros, como a los caballeros andantes de las novelas de los siglos XV y XVI, nos instaron a la aventura y al riesgo, persiguiendo ciudades maravillosas y evanescentes quimeras de todo tipo (el ucumar incluido). Es que los bosques nunca vinieron solos. Siempre se poblaron de bandoleros, anacoretas, exiliados y criaturas nacidas de la imaginación y el temor. Son espacios que fueron aderezados de diferentes maneras a lo largo del tiempo con condimentos que exceden nuestro raciocinio. Monstruos y fantasías que repelen y atraen en partes iguales. Espacios

[8] Véase: Le Goff, Jacques, *Los maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Editorial Gedisa, España, edición 1985.

ambivalentes de los que siempre disfruté. Zonas en las que el miedo y la angustia se entreveran. El miedo, produciendo espanto y terror por algo concreto (ya sea real o imaginario). La angustia naciendo de lo indefinido, de lo desconocido e indeterminado. Por eso, esta última requiere, para poder combatirla, ser objetivada. Tomar forma en algo. Concretizarla, evitando así ese sentimiento de inseguridad que por momentos puede volverse insoportable, conduciendo a la neurosis o a la psicosis si no es controlada. De ahí la importancia que tiene la razón a la hora de domar los impulsos imaginativos a los que las selvas y bosques suelen conducirnos en situaciones extremas (muy especialmente cuando te encuentras en absoluta soledad).

En Salta, además del famoso **ucumar**, puesteros y exploradores nos hablan de criaturas y seres que deambulan por la yunga, cuidando la naturaleza y acechando a todo aquel que intente violentarla; llegando a cometer actos de verdadera violencia.

Si bien con el ucumar se está intentando cambiar su antiguo carácter áspero y desagradable (expuesto en numerosos libros de folklore) por uno más amigable, tendiente a convertirlo en una especie de Oso Fumarola, no pasa lo mismo con esas otras criaturas que como el **sachayoj** (entidad del mundo quechua bien supeditada a las áreas del monte chaqueño y caracterizada por ser como una especie de Pie Grande, pero todo cubierta de sajasta o barba de viejo) o los **sacha-runas** (pequeños hombres cubiertos de pelo) siguen sin mantener muy buenas relaciones con los humanos.[9]

El río Ramada, en los bosques montanos de la provincia de Jujuy, a pesar de haberse llevado en la zona un par de expediciones rastreando al oso andino, sigue siendo un área que no ha sido del todo explorada, especialmente por cuestiones logísticas y de costos (tener en cuenta que saliendo de Ledesma son de tres a cuatro días de viaje por la selva y a pie). Ese aislamiento constituye el caldo de cultivo, no solo de enfermedades tropicales, sino también de historias por demás aterradoras. Son sitios en donde únicamente hay silencio y por tanto muy bien dispuestos a recibir a seres como el **ucumar**. En esas soledades abrumadoras, el folklore local no deja de alimentarse. Por ejemplo, en algunos puestos abandonados que existen (ranchos en donde pernoctaban temporariamente algunos cazadores de subsistencia) se habla de la presencia de la ***Sachamama***, que es una entidad identificada como la *Madre del Monte,* que castiga a los que cazan en demasía. Una entidad un tanto perdida de nuestro folklore y no tan conocida como los ***duendes***, a quienes los puesteros acusan de espantar a los que se quedan en esos parajes, lanzándoles piedras.[10]

La imaginación es el caldero en el que se cuece la angustia. Que no está fuera, sino dentro de nosotros, aumentando la posibilidad de encontrarnos con lo insólito o toparnos con novedades metafísicas producto de la fantasía; coartando así nuestra sensación de seguridad. Fabricando personajes y situaciones generadoras

[9] Véase del autor: *Los monstruos del monte argentino*. Disponible en Web: https://www.academia.edu/166837733/LOS_MONSTRUOS_DEL_MONTE_ARGENTINO

[10] Testimonio recogido en Salta.

de miedo y por consiguiente de probables actos agresivos, como bien lo demostraron los conquistadores españoles cuando se internaron en el Amazonas en pos de *El Dorado* y otros sueños frustrados.

El río Ramada (Jujuy) y el Sachayoj

En un párrafo anterior hice expresa referencia a un género de películas de terror que los críticos y especialistas en cine han denominado *Folk Horror* (o *Terror Rural*) desde el año 2010. Pero si bien estamos ante una etiqueta moderna, ésta nos remite a un tipo de narrativa, primero literaria y más tarde cinematográfica, que a la hora de ubicar sus orígenes cronológicos, debemos retrotraernos hasta la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, en el primero de los casos; y fines de la década de 1960 y principio de los ’70, en el segundo de ellos.[11]

El siglo XIX fue una época en que la victoria de la Ilustración racionalista parecía más que evidente. Un momento en el que la civilización tradicional europea retrocedía con rapidez y los ideales del Iluminismo se enseñoreaban al parecer de manera definitiva. Pero hubo resistencias. El Antiguo Régimen no se resignaba a morir del todo frente al embate de la una modernidad liberal, agnóstica, racional y atea. Permaneció. Se mantuvo. Cacheteado como nunca, pero se mantuvo. El tradicionalismo católico siguió elevando la voz y su dedo acusador contra los cambios que se estaban operando en todos los ámbitos. Por su parte, desde principios de la década de 1830 aproximadamente, con la corriente llamada Romanticismo, se levantó otro contrincante que, frente a la modernidad liberal, eligió una opción distinta a la reacción católica, pretendiendo hacer reverdecer la sensibilidad pagana anterior al cristianismo y encumbrando al esoterismo y a las corrientes orientalistas que se desprendían de las prácticas imperiales. Querían una espiritualidad nueva. Rechazaban la modernidad desde el neopaganismo, desde un renacido movimiento folklórico y las creencias y prácticas derivadas de un movimiento como el de la Teosofía. Canales —todos— que resultaron

[11] Véase: Javier Valencia (coordinador), *Terror Rural y Paganismo (El ocultismo en el cine)* Vol.2, Dilatando Mentes editorial, España, 2021.

ideales para la difusión de una teofanía neopagana, que no es otra cosa que el rasgo más destacado del llamado Folk Horror.[12]

Teofanías paganas

Y así, de la mano de este nuevo género, lo ancestral, lo antiguo, lo pagano, emergió con fuerza. Metió miedo e impactó en el imaginario colectivo. La magia y la brujería, provenientes de épocas pretéritas, de una antigüedad profunda poco relacionada con la cosmovisión y los miedos alimentados por el cristianismo desde la Edad Media, se convirtieron en uno de esos nuevos temas predilectos de la intelectualidad marginal y con ellos los espacios aislados, bien dispuestos a recibir esas supuestas prácticas secretas, se volvieron ubicuos en cuentos, novelas y poco más tarde en el cine.

Dioses y rituales antiguos

El bosque recibió así a los antiguos dioses resucitados. Emergieron de los árboles, de las rocas, de la tierra misma. Demostraron que nunca se había ido del todo. Que estaban enmascarados bajo una pátina muy fina de cristianismo. Escondidos en menhires, en dólmenes, dispuestos a levantarse del letargo ante la más leve y mínima invocación. Eran dioses oscuros, desconocidos, olvidados por las mayorías. Ominosos y liminales. Seres anteriores a la evangelización iniciada por la Roma del siglo V d.C. y que volvían a encontrar en la noche, en la idea de fertilidad, el argumento ideal para reeditar sus desenfrenadas prácticas sexuales, prohibidas por la iglesia institucionalizada.

[12] Véase: Mateu, Fran y Martínez Fabre, Fabio Pablo, *No te olvides de aquello que crece bajo tus pies. Estudios del Folk Horror desde la contemporaneidad*, Tirant Humanidades, España, 2025.

Cultos prehistóricos mantenidos en secreto por comunidades aisladas, en enclaves siniestros y extraños, parecieron levantarse sin prurito no solo ante la fe dominante, sino también contra la racionalidad que se creía victoriosa. Lo arcaico chocó contra la modernidad. El progreso contra lo antiguo. La naturaleza buscaba revancha despegándose de las lecturas biologicistas y académicas para volver a ser atendida por sus propios espíritus ancestrales, satanizados por la iglesia, primero, y hechos a un lado por la ciencia, más tarde. El animismo reencontró su viejo cauce y las criaturas feéricas, junto a los daimones, inundaron las páginas de los libros y los deseos de muchos de volver a creer en ellos.[13]

Animismo y liminalidad

En ese universo de liminalidad rediviva los límites entre lo real y lo imaginario se volvieron a diluir, engrandeciendo un clima de ambigüedad que hasta hoy día se advierte en nichos bien concretos de personas a las que, irónicamente, Umberto Eco denominó como "*diabólicos*".

Pero en estas lides nada es lineal ni constante. Como dejé entrever en párrafos anteriores, durante un corto periodo de la década de 1930 los elementos arribas enumerados se retrotrajeron, como una tortuga en su caparazón, del ámbito público. La literatura y el cine los olvidaron, pero tres décadas más tarde —hacia fines de los '60 y mediados de los '70 del siglo pasado— se volvieron a recuperar por un corto tiempo. El cine y la televisión cumplieron su función divulgadora como nunca, coincidiendo con el fin del hippismo, el auge de la contracultura, el impacto del miedo a las sectas (en especial después de los crímenes del Clan de Charles Mason), la psicodelia, su búsqueda de la fusión con el *Todo* y las ceremonias neopaganas protagonizadas por renovados druidas y brujas, ahora llamadas wiccas.[14]

[13] Véase: Hormigos Vaquero, Montserrat, *Terror Forestal, Folk Horror y Brujería*, Brumal, Revista de investigación sobre lo fantástico,, VOL. XI, N°1, primavera 2023. Disponible en Web: 12. TERROR FORESTAL FOLK HORROR Y BRUJERIA-EXCLENTE.pdf

[14] Véase: *¿Qué es el neopaganismo? Una guía de brujas sobre los caminos y tradiciones paganas modernas*. Disponible en Web: https://witchcraftspellsmagick.com/blogs/witch-studies/neo-paganism-modern-witchcraft

Promediando la década de 1970, el Folk Horror volvió a retraerse, esta vez durante veinte años, para resurgir a principios del siglo XXI (momento en el que fue bautizado) y manteniéndose con fuerza hasta la actualidad (2026). Todos los especialistas coinciden en que, si bien su origen se dio en Gran Bretaña, el género supo adaptarse en casi todas las latitudes.[15] Incluida, claro está, América Latina.[16] Y con ella, un ejército de criaturas extraordinarias (muchas de ellas intransferibles a Europa) entró a jugar, moldeándonos la fantasía.[17]

La globalización globalizó hasta el miedo. Creando también su propio folklore.

Y todo esto eclosionó cuando yo entraba en una imaginativa pubertad y adolescencia.

[15] González Achi, Mariano, *Hammer Films. La leyenda del horror británico*, Ed., Cuarto Menguante, Buenos Aires, 2019.
[16] Sugobono, Nahuel, *Mitos y leyendas del Amazonas*, Biblioteca de Cuentos Maravillosos, España, 1999.
[17] Colombres, Adolfo, *Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina*, Ediciones del Sol, 1984.

PARTE 2

BRUJAS, DEMONIOS Y VAMPIROS

El aquelarre y sus brujas

"La mayor astucia del diablo es convencernos de que no existe."

Charles Baudelaire.

Hay pueblos en el interior de Argentina que aún conservan un aura de misterio (al menos para lo que venimos de afuera). La herencia colonial, con sus creencias y prejuicios siguen allí presentes. Entre julio de 2022 y marzo de 2023 visité uno de ellos en dos ocasiones. Se llama Quilino. Está al norte de la provincia de Córdoba y se lo conoce coloquialmente como "*La Capital Nacional de las Brujas*".[18]

Quilino es una localidad pequeña, humilde, de apenas unos 5000 habitantes y es parte del Departamento de Ischilín. Se levanta a la vera de la Ruta Nacional 60 y si bien no resulta un sitio inaccesible ni en extremo lejano, se mantiene en más de un aspecto un poco al margen de todo. Encapsulado y tradicionalista parece a simple vista un islote ajeno a los profundos cambios y avances que se operan en el resto del mundo. Y si un botón basta de muestra, debo decir que recién en mayo de 2023 el pueblo tuvo acceso por primera vez a la comodidad y practicidad que brinda un cajero automático (acto público que el municipio inmortalizó con un placa recordatoria de bronce).[19]

[18] Véase: *Córdoba X. Misterios, mitos y fantasmas del imaginario popular*, La Voz del Interior, 2005.

[19] Quilino es un pueblo que ha sufrido profundos altibajos a lo largo de toda su historia. A las crisis generales del país debe sumarle las particulares que, desde mediados de 1960, con la suspensión de la parada del tren en la localidad y su consiguiente impacto en la débil economía local asentada en la venta de artesanías, se profundizó en los '90 y principios del siglo XXI por el cierre de una fábrica de damajuanas que le daba trabajo a más de 240 familias, lo que produjo un elevado éxodo de vecinos. Véase los siguientes documentales en YouTube: Quilino (1966) de Raymundo Gleyzer y Jorfe Prelorán. Disponible en Web: https://www.youtube.com/watch?v=FSOLWNTqgPQ y Así se vive en Quilino, un pueblito maravilloso (2023). Disponible en Web: https://www.youtube.com/watch?v=r1BFG2bZaGs

Recorrer sus calles, siempre vacías, resulta una experiencia casi de otro mundo (máxime para aquellos que vivimos en ciudades populosas y llenas de ruidos). Allí prima el silencio y cuando cae la noche la sensación de soledad y aislamiento se multiplica.

Quilino, Córdoba. La Capital Nacional de las Brujas

Quilino se volvió famoso por unos días en el año 2015 cuando un joven bombero local aseguró haber visto una figura humana convertirse en un enorme pájaro. Los medios locales, provinciales, nacionales y más tarde internacionales se hicieron eco del suceso y por algunas horas el pueblo volvió a ser ubicado en el mapa. A partir de entonces, muchos especialistas del misterio lo tomaron de ejemplo llegando a decirse que esa criatura alada no era otro que el mismísimo *Mothman* (el Hombre Polilla), bicho que se hiciera y entrara en la historia debido a su primera aparición en el pueblo de Point Pleasant (EE.UU.) en 1966. Desde entonces, convertido en un críptido de fama mundial, Mothman fue supuestamente detectado en diversas partes del planeta, inclusive en Chernobyl antes del desastre.

Pero tras indagar un poco *in situ*, y entrevistarme con el bombero antes mencionado, advertí que la famosa polilla gigante nada tenía que ver con el monstruo norteño. Estábamos en realidad ante una de las pesadillas más comunes y extendidas del sistema de creencias del lugar: *las brujas*.[20]

Como en las películas de *Folk Horror*, me sentí extraño deambulando por aquel pueblo cordobés. No solo el clima represivo, producto de la soledad que se respiraba, fue lo que me sorprendió. Lo más movilizador resultaron las múltiples *historias raras* que recogí. Historias y anécdotas que me transportaron a una geografía alterna que me afectaba profundamente en mi fuero interno, al verme rodeado por un modo de

[20] Véase del autor. *El Hombre-Pájaro de Quilino: una visión que anidó entre brujas, salamancas y maleficios*. Disponible en Web: https://factorelblog.com/2022/08/26/el-hombre-pajaro-de-quilino-una-vision-que-anido-entre-brujas-salamancas-y-maleficios/

ver y construir la realidad muy distinto al mío. Un universo de invocaciones y maleficios, ritos antiguos y la supuesta existencia de seres innombrables que, en conjunto, formaban parte de la identidad local. Un conglomerado de creencias que les daba a los quilinenses un sentido de pertenencia que contrastaba con el que yo traía de fuera.

"El miedo y el respeto a la brujería son sinceros", me dijo un informante del que más adelante hablaremos. *"Es algo que le dio identidad al pueblo y sigue muy vivo entre nosotros"*.

Reconozco que era más importante *lo que yo sentía* que *lo que se veía*. A fuer de ser sincero, no fui testigo de ningún hecho extraño. Los "eventos extraordinarios" de los que muchos hablan brillaron por su ausencia. Pero poco me hubiera costado —de quedarme más tiempo— en empezar a dudar y encontrar señales misteriosas en todos los rincones. Todo el pueblo contribuía a ello.

Quilino comparte con las brujas un mismo espacio. Un mismo pasado, en el que podemos detectar rasgos muy antiguos de un paganismo anterior a la llegada de los europeos. Prácticas y creencias precolombinas que, como en el caso del ucumar en Salta, se mestizaron con las que vinieron en los barcos recreando un universo onírico tan rico como sincrético. Aún así, el paso del tiempo y la conquista no impidieron que creencias centenarias se conservaran en secreto. Ritos y prácticas mágicas que la evangelización creyó enterrar para siempre emergieron con descaro tras siglos de aparente olvido. En aquel entorno rural la *ciencia antigua* seguía viva, enfrentando a mi escepticismo sin importarle en absoluto sus argumentos.

De una manera idéntica a las experiencias vividas en la selva del Perú, protagonizaba en vivo y en directo un verdadero choque cultural y debo confesar que quedé por completo fascinado. Porque una cosa es leerlo y otra diferente experimentarlo en carne propia. Me había asomado a algo para mí desconocido y antiguo, en una tierra que no olvidaba sus más viejas tradiciones ni supersticiones rurales. Yo era el raro en ese lugar y sentí que si quería integrarme a ese mundo tenía que reinterpretar todo. Incluso el sentido de lo que llamamos "*realidad*".

"En Quilino, como en casi todo el norte de Córdoba, existe esta bruja que se transforma en un pájaro — señaló **Iván Nieto**, un quilinense de unos 30 años y conocedor de las tradiciones del pueblo. —*El común denominador siempre es: primero escuchan una risa escalofriante. Una risa que te eriza la piel y después aparece este famoso pájaro. Mi papá, por ejemplo, lo describía como una especie de cuervo, pero muy gigante. Fácil de un metro y medio de altura, me dijo. Con alas grandes que las arrastraba cuando caminaba. Caminan como un pingüino, de un lado a otro, pero no tiene cara de pájaro. Tiene la cara de la persona y siempre se aparece en luna llena. Esta es una cosa en la que todo el mundo coincide. Yo le pregunté a mi papá porqué en luna llena y respondió porque, supuestamente, al haber mucha más luz puede volar, pueden andar. Y una vez que sale el sol se desconvierten y quedan completamente desnudas (porque*

por lo general son mujeres). (…) Pensá que todo esto le dio identidad al pueblo, pero se está perdiendo. La gente más vieja (del 2000 para atrás) sí cree muchísimo en esto. Es que en Quilino tenés un montón de curanderos, brujas, gente que hace cosas buenas, gente que hace cosas malas. Tenés mucho… En el barrio San Cayetano, por ejemplo, vive una mujer que, se dice, se dedica a todas esas cosas. Hace magia negra y es muy visitada por muchísima gente que vienen de muchos lados para verla. Ella también, supuestamente, tiene la capacidad de convertirse (en pájaro)".[21]

Brujas por doquier

Hasta hace poco menos de quince años, la luz eléctrica era escasa en muchos barrios de Quilino y un monte tupido —hoy en claro proceso de tala— cubría un extenso territorio lindero al casco urbano. Un monte que separaba, que aislaba, y permitía que el imaginario local lo alimentara con seres mágicos, monstruos y espíritus.

"Antes había mucho más monte que ahora — explicó **Iván Nieto**—. *¡Muchísimo! Vos has visitado un pueblo muy renovado. Como te dije: recién hace unos cuatro años empezaron a iluminar todo… Antes, diez años atrás, era monte, monte, monte y monte… Muchas de las casas actuales no estaban. Se ha ido poblando. Antes no había nada de eso. Talaron mucho. Por tal motivo pasaban esas cosas raras todo el tiempo".*[22]

El monte quilinense ya no es lo que era, pero sigue convocando a la fantasía

[21] Testimonio de Iván Nieto, Archivo del autor.
[22] Testimonio de Iván Nieto, Archivo del autor.

Con relación al monte santiagueño (y por añadidura, al quilinense) durante la época colonial, la historiadora Judith Farberman escribe: *"Espacio venerado y temido, territorio violento pero indudablemente cotidiano, el monte será el lugar privilegiado de la salamanca colonial, como en otro tiempo lo había sido de los rituales prehispánicos (...) Las superficies boscosas son y han sido siempre el lugar para ocultarse, el refugio de la libertad y el reino de la magia. (...) El monte había revestido desde siempre una importancia insoslayable en la vida material y social de las comunidades indígenas. (...) Pero además, el monte había sido un lugar de culto. (...) Eran espacios temidos y buena parte de los personajes míticos del folclore santiagueño (el alma-mula, el duende, el condenado, el sachayoj, etcétera) vagan por sus espesuras"*.[23]

Las otras criaturas de los montes

Como es obvio en estas cuestiones, los fantasmas y el Diablo no podían estar ausentes. En especial este último, porque si hablamos de brujas la presencia del Maligno se vuelve necesaria. "*Las Señoras de la Noche*" lo requieren (pudiendo ver en esta nefasta simbiosis la clara influencia del imaginario cristiano venido de allende los mares).[24] Quilino tenía a los personajes del drama. Solo faltaba el escenario, que no tardó en evidenciarse: *las salamancas*. Las famosas *universidades de las tinieblas* en donde las acólitas del demonio acudían a embeberse de saberes oscuros y los *salamanqueros* a buscar habilidades extraordinarias para ganar fama, fortuna y éxito social. ¡Las había! Y a muy pocos kilómetros de la casa de familia en la que me hospedaba.

"Supuestamente, campos más arriba era todo tierra de indios —me dijo Ezequiel (el remisero que había contratado para recorrer la zona aledaña al pueblo) mientras cruzábamos la Ruta 60 en dirección de *Villa Quilino*, el núcleo originario fundado por los conquistadores españoles promediando el siglo XVI y a escasos cuatro kilómetros de Quilino (a secas). Es en ese lugar donde se levantan la únicas lomas que hay

[23] Véase: Farberman, Judith, *Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, pp-173-174.

[24] Véase: Santillán Güemes, Ricardo, *Imaginario del Diablo*, Ediciones del Sol, 2007.

en la zona; totalmente cubiertas de monte—. *Por eso es que ha quedado el nido de las brujas* —afirmó el conductor-guía—. *Esa es la historia que hay acá. Lo escuché desde siempre. La gente grande cuenta esas historias. Como la del Alma-Mula, que aparece por acá y que, supuestamente, dicen que es un hombre con la mitad para debajo de caballo y la mitad para arriba con cuerpo humano. (…) Sobre la salamanca, lo que sería la historia del diablo, también escuché… Pero historias concretas, no. Mis abuelos contaban que había una en dirección de esas sierras bajas"* — y señaló las nada imponentes elevaciones.

Afortunadamente, Iván resultó mucho más explícito al respecto. Y no me sorprendió que también hiciera alusión a los antiguos habitantes prehispánicos de la zona.

"Eso ocurre por el lado de la Villa (Quilino). Es que la Villa fue el primer asentamiento del pueblo. Sólo después, con la llegada del tren, se crea Quilino. Villa Quilino es en donde estaba asentado el pueblo aborigen original. Para que te ubiques: si vas donde está la iglesia, todo lo que tiene detrás es una zona de lomas. Hay muchas. Bueno, supuestamente en esa zona es donde está la salamanca. Se rumorea eso, pero nadie la puede encontrar. Claro que dicen que la salamanca se te va a aparecer cuando necesitás algo… Y siempre te llama con música. Por ejemplo, mucha gente que ha estado por ahí escuchó música de la nada misma. Y es como que se sienten muy atraídas por ella. Ahí es donde se dan los ritos. Donde las mujeres hacen pactos para ser brujas, o los curanderos o el que quiere ser famoso. La salamanca está entre las lomas. Yo he ido por curiosidad, pero nunca escuché nada. He ido con otras personas y tampoco hemos escuchado nada o visto algo raro. Lo que pasa es que hay mucho monte y muchas lomas. Si vas, tenés que recorrer bastante. Hay un mundo muy oscuro por ahí, relacionado con el satanismo…".[25]

La cueva de la salamanca, sus rituales y sacrificios

Si algo faltaba para sentirme protagonista de una película de *Folk Horror* eran los sacrificios humanos y, para mi sorpresa, no tardaron en ser referidos.

[25] Véase archivo oral del autor.

"Hay una señora que conozco, cuya madre se dedicaba a todo lo que era satanismo (...). Hay que saber que en Quilino todos los que se inician en artes negras tienen que entregar el alma de un ser querido. Esa es la promesa que le hacen al diablo. Pues bien, en el pueblo hubo un caso verídico en el que una madre mató de un disparo a su propia hija por eso. Porque se la había ofrecido como tributo al demonio. (...) Esto ocurrió hace muchos años atrás. La verdad es que, exactamente cuándo, no lo sé. (...) Pero ocurrió realmente. Yo conozco a la familia. Fue la abuela de una conocida mía la que mató a su hija para hacer el pacto. (...) ¿Presa, me decís? Mirá, creo que esa vieja murió hace poco. Qué pasó en el medio, tampoco lo sé. Es que antes las cosas eran distintas. Y más en los pueblos. Vos matabas a alguien y nadie se enteraba. Nadie hacía mucho. Pero fue una historia que trascendió y hasta el día de hoy la familia es conocida por ese hecho".[26]

Dejamos Quilino una fría mañana de mayo con la sensación de abandonar un sito extraño, y fascinados por la experiencia. Todo aquello que para mí era parte de la trama de una película de horror, los quilinenses lo habían asimilado en su cotidianeidad sin conflictos aparentes. No había duda en sus dichos. Todos, en mayor o menor medida según el grupo etario, convivían con una realidad en la que lugares y entidades malignas cobraban una supuesta corporeidad que iba más allá de las páginas de una novela o guión de terror.[27]

Estancia El Hueco, Valle de Punilla

Ciento veintinueve kilómetros al sur de Quilino, muy cerca de la ciudad de Capilla del Monte, me iba a encontrar con otro enclave de leyendas. Una zona realmente aislada y al margen de todo. Una estancia rodeada por cerros, en el fondo de un valle y habitada por una sola persona Su nombre: *Estancia El Hueco*.

[26] Véase archivo oral del autor.

[27] Véase del autor: *Quilino: Un nueva visita al pueblo de las brujas*. Disponible en Web: https://www.academia.edu/103142693/QUILINO_UNA_NUEVA_VISITA_AL_PUEBLO_DE_LAS_BRUJAS_MAYO_2023_FJSR_

No es sencillo llegar al casco principal. Hay que tener acceso a tres llaves para poder abrir el mismo número de tranqueras; y para ello se requiere de alguien de confianza del propietario que las tenga. Solo nueve kilómetros la separan del centro de Capilla del Monte, pero es un camino de tierra y ripio bastante dificultoso y con poco mantenimiento. De no haber sido por la camioneta *Chevrolet* modelo 1966 que contratamos hubiera sido complicado llegar al lugar.

Sierras, piedras y espinillos marcaron el paso hasta alcanzar la enorme depresión en la que se levanta la estancia. Un recoveco que, a pesar de no estar tan lejos de la Ruta Nacional 38, se encuentra sumido en el más absoluto silencio y soledad. Apenas un rancho de adobe, muy humilde, y algunos corrales con cabritos no dieron la bienvenida. De pie, vistiendo de gaucho, nos esperaba su dueño, un hombre parco y retacón llamado Alberto Cortés.

Me había tomado el trabajo de llegar hasta allí porque, la tradición oral de Punilla y algunos pocos artículos de Internet sostenían que la zona estaba signada por las "*malas energías*" desde hacía mucho tiempo. Es que la Ruta 38, se dice, ejerce las veces de mística frontera, separando mágicamente dos regiones: la mencionada —hacia el oeste, donde se levanta la estancia— y la otra —hacia el este, en dirección a Capilla— depositaria de una "*energía positiva*". Un verdadero *Yin y Yang* pactado por Vialidad Nacional.

Pero contrariamente a los relatos típicos del Folk Horror, que siempre colocan al forastero como una amenaza que hay que destruir o convencer, Alberto Cortés, residente en la zona desde hace un cuarto de siglo, nos recibió con amabilidad, unos ricos mates y un fundado escepticismo. No era el maestre de ninguna logia secreta, ni el líder de una comunidad de gente rara capaz de convocar a desconocidas fuerzas telúricas o un contactado capaz de convocar a malvados alienígenas reptilianos. Era un gaucho amable para nada afecto a creer en las historias que circulaban de su propiedad.

"¡Son todas mentiras!", me dijo cuando le pregunté sobre el supuesto **vampiro** que había aparecido en el sitio hacia 1989. Un verdadero monstruo vestido de negro, ojos amarillos y aterradores que les succionaba la sangre a las vacas y provocaba incendios en campos y sierras.[28] Tampoco daba crédito a que el diablo y las brujas se reunieran en una salamanca que hay a unos pocos cientos de metros del rancho; y menos aún a la existencia de una **araña gigante** (de 15 metros) que habían rondado por ahí durante la dictadura militar del '76 o unos **enanos verdes**, con enormes ojos y dientes muy largos, que se aparecían para comer carne.

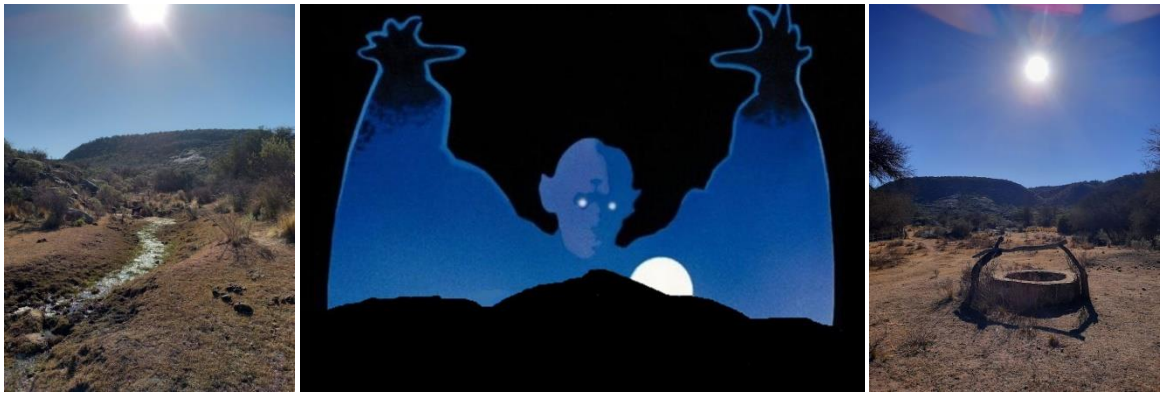
[28] Véase del autor: Estancia el Hueco. El vampiro pirómano y otros monstruos de la Zona Uritorco. Disponible en Web: https://www.academia.edu/166906219/ESTANCIA_EL_HUECO_EL_VAMPIRO_PIR%C3%93MANO_Y_OTROS_MONSTRUOS_DE_LA_ZONA_URITORCO

El Hueco era, pues, un enclave que su propio dueño había exorcizado. No con rituales, sino con el sentido común que la experiencia le diera después de vivir ahí (solo) durante más de treinta años. *"¡Nunca vi nada raro!"*, sentenció con seguridad.

Aún así, es comprensible que las leyendas sobre el lugar sigan circulando. Aquella área rural y aislada coincide con el clima que ha transmito el cine y la literatura del género llamado *Terror Rural*. Es un reservorio ideal para la propagación de historias tradicionales que, como es lógico, resultan tan amenazantes como atractivas al turismo alternativo de la región.

No pernocté en *El Hueco*. Me hubiera encantado. Sin luz eléctrica, ni las comodidades a las que estoy habituado, esa hubiera sido una experiencia significativa. Una metáfora del lado oscuro de la naturaleza. Una de esas zonas de incertidumbres en las cobran vida fuerzas caóticas y desconocidas. Un lugar del mal y de entidades peligrosas, capaces de destruirlo a uno física y moralmente. Un sitio de "pruebas" espirituales. Un asentamiento capaz de inducir a la paranoia, lo sobrenatural y lo fantástico; y el ya trillado contraste entre lo antiguo y lo moderno.

Así es como lo venden los guías de turismo en el centro de Capilla del Monte, aseveró Cortés.



Estancia El Hueco y su leyenda del vampiro pirómano

El contraste con Quilino no podría haber sido más grande. Contrariamente a la *Capital de las Brujas*, *El Hueco* se encuentra dentro de un circuito turístico más que aceitado, en estrecha relación con la Zona Uritorco y toda la nueva mitología referida a las visitas de extraterrestres y a la ciudad intraterrena de ERKS. Los influjos de todo ese negocio llegan hasta la aislada estancia. Quilino, en cambio, es un mero lugar de paso. No vive, ni vivió nunca de turistas y por eso todas sus historias de brujas, demonios y salamancas resultan incontaminadas de intereses crematísticos. Más allá de la *Fiesta Nacional del Cabrito y de la Mandarina*, que se celebran en el pueblo anualmente convocando a centenares de visitantes durante unos pocos días, sus calles permanecen desiertas, mal iluminadas y abiertas a los muchos sucesos sobrenaturales en los que, sinceramente, cree la gente.

PALABRAS FINALES

El folklore, las creencias y el miedo

Ni el ucumar o el sachayoc en Salta; las brujas aladas y demonios de Quilino con sus enanos y duendes, chanchas con cadenas o perros negros que deambulan en el imaginario del norte de Córdoba; ni siquiera el vampiro de El Hueco, que pivotea de un lado a otro entre la literatura y esa realidad alternativa en la que muchos lo ubican (con la intensión que sea) podrán nunca ser conjurados del todo porque se desvían del curso de la naturaleza. Nunca podrán ser encerrados o detenidos por fuerza de seguridad alguna. Seguirán espantando y asustándonos mientras haya seres humanos que los busquen en esos parajes aislados y desolados que tantas veces fueron nombrados en este trabajo. Se alimentarán de películas, cuentos y novelas de terror, de los miles de podcasts y programas de YouTube que nos acosan a diario, minuto a minuto. Están ahí. En cada bosque, en cada yunga, en cada estancia alejada u hotel abandonado (que, como en los casos del *Gran Hotel Viena* de Miramar de Ansenuza o el *Edén Hotel* de La Falda, están según dicen poblados de espectros).

Seguirán en los márgenes, rondando como las entidades liminales que son, haciéndole frente a la ciencia, a la cultural oficial y la religión institucionalizada. No habrá exorcismo que valga la pena. Sus contextos son poderosos. Imposibles de abarcar en su totalidad, existiendo siempre recovecos, rincones en los que esconderse, esperar y volver a aparecer. Porque, por más que aquí hicimos referencias a unos pocos, ellos son miles y antiguos, Muy antiguos. Algunos pueden remontarse hasta el neolítico y tal vez más lejos en el tiempo. Puede que hayan cuidado y sigan cuidando a los árboles, a los animales, a la naturaleza toda, exigiendo rituales, reclamando ser recordados cada tanto y demostrarnos que no estamos solos. Que el entorno no nos pertenece por completo. Que ellos están desde hace mucho más tiempo que nuestra ciencia y

tecnología y que todos —sin saberlo— somos parte de una misma cosa, indivisible y sagrada a la que muchos aspiran a regresar para fundirse en ella. Estamos hechos de la misma arcilla. Ésa que ideamos y que busca explicar lo que resulta muchas veces inexplicable. Son los protagonistas de nuestros mitos y leyendas y asoman sus cabezas cada vez que se prende un fogón o se enciende una PC en la oscuridad de un cuarto durante la noche. Ecos de creencias antiquísimas. Criaturas que meten miedo e inspiran, por ese mismo motivo, mucho respeto. Inclusive, devoción al ser nombrados. Por eso, en ciertos lugares, no es conveniente hacerlo sin los elementos aprotopaicos convenientes. Puede resultar peligroso ya que "*Dicho ha sido, dicho queda que todo lo que tiene nombre existe".*

En un mundo en el que la mayor parte de la población habita en ciudades, lo rural se ha convertido en un espacio que conocemos cada vez menos y hasta allá trasladamos nuestros miedos alimentados de horror a lo sobrenatural; porque el terror a los asesinos y a los locos los tenemos en la esquina del barrio, en el colectivo, mezclados en las multitudes con las que compartimos el espacio urbano sin conocernos.

Ellos, los monstruos, no se sienten a gusto en un edificio de departamentos. Prefieren el silencio, las distancias largas y lo lejano; por más que por momentos puedan incursionar en los limes de nuestras ciudades, como lo hizo un supuesto lobizón en Carlos Casares, el Hombre Gato de Brandsen y tantos otros. Cada tanto se hacen oír, aullando o maullando. Y por más algunos sostengan que las crisis sociales no tienen nada que ver con esas esporádicas presencias, estoy convencido que son esas crisis las que operan como potentes parlantes que aumentan y permiten oírlos mejor.

Los libros de viajes y las crónicas de expediciones no pueden obviarlos, ni siquiera los documentales de televisión que señalamos más arriba. Basta con abandonar nuestros espacios de confort para que ellos se hagan notar, encantando la realidad; recreando un universo fantástico (para aquellos que les temen, por no considerarlos posibles) o maravilloso (para los que comparten su mundo sin demasiadas contradicciones).

Es en extremo muy poco probable que nos topemos con esas criaturas cara a cara. Pero de seguro permanecerán vivas en la tradición oral y escrita, en los filmes por venir y en el deseo de muchos de seguir creyendo en ellas. Porque, convengamos, no deja de ser muy entretenido.

FJSR

BUENOS AIRES, MAYO 2026